

LOS RÉGULOS Y EL REY

Una novela de: ADOLFO GARIJO

PARTE I

CARAVANA HACIA EL NORTE

... (Los turdetanos) son considerados los más cultos de los iberos, ya que conocen la escritura y, según sus tradiciones ancestrales, incluso tienen crónicas históricas, poemas y leyes en verso que ellos dicen de seis mil años de antigüedad.

Estrabón, III 1,6.

A MODO DE PROLOGO

"Caravana hacia el norte" es un relato de ficción ambientado en la Iberia pre-romana. Los nombres de los personajes son iberos. También los nombres de pueblos y clanes de aquella época de la que conservamos escasos vestigios pues aún no se ha encontrado la piedra de Roseta con la que se pueda desentrañar lo escrito en el primitivo lenguaje ibero.

Hay referencias escritas, míticas o no, a la Atlántida. A Tartesos, situado en la actual Andalucía y a otros pueblos de la península ibérica. Hay quien menciona entre los historiadores griegos, que los antiguos atlantes lucharon contra los aqueos (griegos) unos 1.500 años antes de Cristo disputando la hegemonía del Mar Común (Mediterráneo). Y que la lucha acabó cuando un gran cataclismo -quizá un maremoto- hizo desaparecer la Atlántida. Hay quienes dicen que todo es fantasía, leyenda, como lo era Troya antes de ser descubiertas sus ruinas en la ubicación exacta que le daba el antiguo relato griego.

Sí está documentado que los Tartesos apoyaron a los griegos en la batalla de Alalia. Unos quinientos años antes de Cristo. En la fecha en que se podría situar este relato. Y este apoyo marcó el principio del fin del reino de Tartesos y el principio de la hegemonía cartaginesa en el Mar Común (Mediterráneo). Yo dejo volar mi imaginación. En este relato se mezclan armas de bronce, de piedra y de hierro. Pues la división estricta de las edades y las actividades del hombre solo corresponde a los eruditos, que precisan de la clasificación para dar forma a su relato histórico.

En cualquier caso la civilización ibera es una de las más antiguas del Mediterráneo. Y su escritura lineal, no simbólica, mucho más antigua de lo que nos enseñaron en la escuela. Quizá cuando Roma llegó a Iberia, los iberos habían ido allí muchas veces.

NºASIEN TO REGISTRAL: 16/2021/9430

Los forjadores de metales eran un gremio poderoso en el reino de Tartesos que abarcaba todo el sur de la península ibérica desde el Mar Común (Mediterráneo) al bravío Atlántico. La influencia del gremio, había ido en aumento conforme se había asentado el poder de la dinastía, los Argantonio, sobre todo el territorio costero y más allá. El poder del rey avanzaba con sus naves, que ahora navegaban junto a las naves de los griegos en pugna con otros pueblos del Mar Común. Pero si el poder del rey avanzaba por los mares, se asentaba en el ganado de sus campos, en las tierras de cereales que les alimentaban y en las riquezas minerales de sus montes y ríos donde abundaba el cobre, la plata, el oro y otros metales codiciados por los mercaderes del Mar Común. El rey de los tartesos, el poderoso Argantonio, miraba con recelo el poder creciente de algunos comerciantes fenicios y de Cartago, que pretendían imponer por la fuerza el asentamiento de factorías en sus costas para vender sus productos manufacturados, en muchos casos de lujo, a cambio sobre todo de plata para sus adornos y monedas, y estaño para fabricar el bronce. Cuando llegaron los primeros fenicios, hacía mucho tiempo, dejaban sus productos en la playa y se retiraban hacia las naves. Los hombres del lugar que les observaban, valoraban lo dejado, que solían ser cuchillos, adornos, vasijas, ropas y otros productos similares, y les dejaban a cambio comida fresca, estaño, o plata. Si los del mar no estaban de acuerdo con el valor de lo intercambiado, retiraban sus productos, hasta que lo ofrecido en la playa por los habitantes del lugar colmaba sus expectativas. Cuando era así, los mercaderes recogían lo dejado en la playa a cambio de sus mercancías y se hacían a la mar. Más tarde, se atrevieron a desembarcar y hacer el intercambio cara a cara. Y años después comenzaron los primeros asentamientos en lugares donde pudieran fondear las naves al abrigo de las tormentas y empezaron a considerar como suyos aquellos asentamientos costeros. El comercio a través del mar había alcanzado hacía ya muchas generaciones un volumen difícil de controlar, pues desde hacía mucho tiempo, las naves fenicias y griegas traían también soldados armados. Pero el comercio era la base de la riqueza de Tartesos, desde los tiempos de los abuelos de sus abuelos. Y esa actividad se llevaba a cabo a través del mar.

Los forjadores de metales tartesos tenían sus muchos secretos y eran una pieza clave a la hora de incrementar el tesoro de la corona de los Argantonio, con el que se pagaba y mantenía la flota mercante de los tartesos y la lujosa vida de los poderosos: Los Principales, los que gobernaban los territorios y eran dueños de los barcos, de las minas y de los campos. Otro, uno de los principales, sino el

principal del gremio de los forjadores de metales de los tartesos, meditaba sobre estas y otras cosas al salir de la audiencia en palacio con los hombres del consejo del rey. Se le había impuesto la tarea de comunicarse con otros forjadores de metales del gremio, de las tierras salvajes del interior y facilitar los planes de un reyezuelo llamado Nórax, un régulo decían ellos, para formar una especie de coalición mercantil de las tierras casi desconocidas del norte, donde se formaban los ríos que luego desembocaban en sus costas. No era una tarea difícil para Ortro, el principal de los forjadores de metales, el guardián de sus secretos, pues su gremio mantenía contactos con muchos forjadores de las tierras que lindaban con los tartesos. Aunque eso no quería decir que compartieran con todos los secretos, que eran de los tartesos. El gremio les confería una red de comunicación que rebasaba con mucho la estructura del clan. Y los forjadores de metales de otras tierras, que participaban de sus secretos, estaban obligados a compartir los suyos con el gremio de los tartesos. Ortro caminaba orgulloso entre sus convecinos, que le miraban con respeto. A sus treinta y cinco años estaba en la plenitud de la vida. Ataviado con su túnica blanca de ribetes color ocre, que le distinguía como miembro de las castas superiores en aquella comunidad, le gustaba pasear por las calles viendo el ajetreo de la ciudad costera, junto al río Tartesos, donde se mezclaba lo mejor del campo y de los mares.

Según le habían dicho, el tal Nórax, régulo de los turdetanos, co-gobernaba sus tierras junto a una vieja sacerdotisa llamada Sosimila que mantenía aún el antiguo poder de las sacerdotisas de los bosques, el agua y la luna. Neton el dios del rayo, gobernando junto a Ataecina, la diosa del hogar, las aguas y la luna. Algo inconcebible para Ortro, el forjador de metales. Él era partidario de que solo prevaleciera un dios y ese debía ser Neton, el que lanza rayos, sobre cualquiera de los demás dioses antiguos. Ortro tenía sus propios pensamientos sobre cómo ayudar a Nórax, régulo de los que se hacían llamar turdetanos, que solo eran tartesos sin cultivar, asentados en el interior, alejados de las costas de las que todos eran hijos. Ortro no creía en la fuerza de los intercambios comerciales, sino en el saqueo y la masacre, como herramientas para enriquecerse, comunicarse con los pueblos extraños y forjar naciones fuertes. Ortro, el forjador de metales, creía en los secretos de su gremio para forjar armas poderosas y en la disciplina, que hacía a un ejército invencible para imponer una única voluntad a propios y extraños. Le gustaba el ejemplo de los altivos cartagineses. Las sutilezas de la diplomacia y la negociación no le parecían adecuadas para resolver conflictos, ni para enfrentar a todos aquellos hombres armados que arribaban a sus costas aparentando buenas maneras, pero con la idea de adueñarse de lo que era solo de los tartesos. Ortro no compartía los temores del rey Argantonio, que quería a toda costa ganarse a los pueblos del interior, por si fallaba la alianza con los griegos y los pueblos africanos se lanzaban sobre sus playas. Él solo confiaba en los metales. En las armas afiladas y las resistentes corazas. Confiaba en los navegantes de Cartago y desconfiaba de los bárbaros del interior a no ser que estuvieran sujetos al yugo de los tartesos. Así pues, ayudaría a su manera a los planes de ese régulo llamado Nórax y a su sacerdotisa de la luna.

Con estos pensamientos, Ortro, el forjador de metales, principal entre los del gremio de los tartesos, llegó caminando desde el palacio donde había sido

convocado por el consejo, a través de una de las empedradas calles de la ciudad, hasta llegar al puerto, donde se sentó frente al mar y contempló la bahía y la isla Saltis, recibiendo en el rostro la apacible brisa marina, que tan bien sentaba para poner en orden sus pensamientos y dar forma a los planes, que poco a poco, adquirirían consistencia en su cabeza. Contemplando la actividad de los pescadores que descargaban y ponían a la venta el contenido de sus barcas, el ir y venir de las pequeñas y grandes velas sobre las aguas azul intenso del mar, Ortro, se dio cuenta de que él era el único brazo capaz de llevar los designios del consejo hasta los pueblos del interior. Lo haría a su manera, pues contaba con gente que pensaba como él entre los tartesos y los turdetanos.

La escritura era muy útil para relacionarse con los principales. Ortro dominaba el arte de la escritura. La había usado para ganarse a algunos de los mejores capitanes entre los tartesos y los fenicios, indicándoles el acceso a los mejores forjadores de metales: los que les proporcionarían las armas y protecciones corporales más adecuadas para el combate a ellos y a sus hombres.

Ahora Ortro veía la posibilidad de promocionar a los que pudieran ayudar a los tartesos, como él creía que se les debía ayudar: haciéndoles fuertes para la guerra. No fomentando inútiles tratados de paz como pretendía el consejo. Según él lo veía, se trataba de dar el poder a quien tenía la fuerza y el coraje necesarios para saber usarlo, para convocar a los hombres, armarlos, entrenarlos y saber dirigirlos en el combate.

La amplia caverna, que se adentraba en la roca en lo alto del montículo, estaba bien iluminada con antorchas en su interior y la luz del fuego que ardía en la fragua, iluminaba el exterior en todo su alrededor. Aunque era de noche, dos hombres trabajaban en torno al fuego de la fragua. Mientras uno avivaba el fuego, el otro, un hombre fuerte de largos cabellos, ennegrecida la piel por el contacto con el carbón y las chispas que escapaban del fuego, manejaba una larga barra de metal conectada a un cuenco de arcilla cocida. Con ella extrajo parte de la materia incandescente, que había en el interior del horno y la echó chisporroteando sobre un molde de arcilla, donde adquirió la forma de una aguda punta de lanza. Lo dejó allí enfriando. Tomó con su mano derecha unas grandes tenazas y con la izquierda un mazo. Rompió el molde y sumergió la pieza recién salida del horno, con la ayuda de las tenazas, en una pila llena de agua. Acto seguido, comenzó a golpearla sobre una pequeña pieza de metal bien asentada entre dos piedras, que le servían de yunque. La golpeó reiteradamente y cuando se cansó, el otro, que atizaba el horno, le sustituyó y siguió golpeando.

Así estuvieron varias horas, mientras languidecía el fuego de la fragua, hasta que la pieza metálica adquirió verdaderamente la forma de una afilada punta de lanza. Apenas habían acabado de darla forma, se dibujó en la entrada de la cueva la

silueta de un hombre, que venía envuelto en su negro manto de lana engrasada. Al verle, el herrero sonrió. Tomo uno de los ástiles de buena madera de fresno, que había apilados en un rincón y ajustó la punta al ástil. El hombre que acababa de llegar, se acercó a él y cogió la lanza en su mano, sopesándola. Le dijo:

-¿Es esto lo que me querías enseñar?

-Sí, mi señor.-Le contestó el forjador de metales-.Es algo especial, muy duro, que puede romper el bronce.Tan duro como el filo de la mejor falcata. Parece muy adecuado para hacer puntas de flecha o de lanza. Lo hemos conseguido en la fragua y podremos hacer cuantas armas o herramientas sean necesarias, si tenemos con qué hacerlas. ¡Pruébalo!.

El recién llegado tomó la lanza con su mano derecha. El herrero puso un escudo de madera, guarnecido de chapas de bronce, apoyado contra la pared de roca y esperó. El visitante sopesó cuidadosamente la lanza, echó el cuerpo hacia atrás y la lanzó con fuerza contra el escudo atravesándolo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujo en la tosca cara del herrero, llena de tiznes por el trabajo en la fragua. El hombre con el manto negro se acercó hasta el escudo, apoyó el pie en él y extrajo la lanza del metal, ahora perforado, que recubría el escudo. Tocó la punta de la lanza con uno de sus dedos y sintió que permanecía intacta, sin haberse deformado por el choque contra el bronce, que reforzaba la madera del escudo. Entonces, golpeó otras dos veces con fuerza sobre los refuerzos del escudo con la punta de la lanza y volvió a probar si la punta se había deformado, comprobando que el filo de la punta no se había visto alterado, pero el escudo había sido perforado de nuevo.El herrero se acercó a él visiblemente satisfecho y le dijo mirándole a los ojos:

-Es lo más resistente que hemos fabricado nunca. El filo corta y corta sin mellarse. Y la punta no se deforma.

-¿Es un bronce nuevo?. Parece más claro.

-Lo llamamos hierro duro, mi señor. Mucho más duro que el hierro normal.

El recién llegado contemplaba satisfecho la punta de la lanza intacta tras los golpes. Le respondió:

-Has hecho un magnífico trabajo, forjador de metales. Quiero que con este hierro duro me fabriques un puñal, dos puntas de lanza y varias docenas de puntas de flecha. Pero hazme un favor, -le miró a los ojos con insistencia dándole a entender que no era un ruego sino una orden-, no comuniques tu técnica a los hombres de tu gremio. Al menos por ahora. Será nuestro secreto un tiempo y yo te recompensaré por ello.

Le contestó con humildad el forjador de metales:

-No será posible, mi señor, los tartesos lo conocen. Y algunos forjadores de metales turdetanos también.

Le miró contrariado el recién llegado al contestarle:

-Enviaré un hombre a buscar lo que te he pedido. Y tú procura que el secreto no se extienda demasiado en vuestro gremio. Ni se sea conocido en otros clanes.-Se llevó la mano bajo el manto y extrajo una pequeña pieza de oro que puso en manos del herrero-. ¡Recuérdalo!.

Se dio media vuelta y andando despacio, salió de la zona de luz para salir de la caverna y sumergirse en lo oscuro de la noche. La fragua aún crepitaba y echaba chispas. Bullía de agitación, como la cabeza del herrero tras las últimas palabras del visitante que entraban en contradicción con los más elementales principios de su gremio. Un gremio reducido y poderoso el de los forjadores de metales al que él pertenecía, compuesto por pocos hombres, pero muy fuertes y mucho más sabios de lo que parecían. Las técnicas que usaban, eran compartidas por los pocos que componían el gremio y no compartirlas conllevaba pena de muerte o mutilación. La relación con hombres poderosos y principales solía acarrear problemas: encargos desmedidos, fechas de entrega casi imposibles de cumplir, caprichos muy difíciles de llevar a cabo, pero aquello era demasiado. Lo había pagado bien, con oro. Pero ningún forjador de metales podría tener secretos con su gremio, sin pagarlo caro. La norma del gremio era sencilla y precisa: el que aprende de otros debe compartir con ellos lo que encuentra. Aquel hombre era de los principales, pero nada estaba por delante del gremio. Su vida no valía nada, si no obraba con astucia, prudencia y decisión.

Iltir sintió el calor del sol acariciando su cara. Abrió los ojos y miró alrededor, pero no se movió. Estaba empotrado bajo el matorral, donde se había acurrucado para dormir. Podía sentir el calor de la hierba, que previsoramente había almacenado debajo de su cuerpo y que junto a su manto de piel y el sayón de lana, le habían mantenido durante la noche con una temperatura agradable. Cerró la mano sobre el mango de la falcata, su corta y curva espada, “la amiga”, “la compañera”, y exploró los alrededores moviendo apenas la cabeza. Inmóvil el resto del cuerpo. Dos conejos comían a seis ó siete pasos de distancia. Demasiado lejos para que alguno fuera su desayuno por el momento. Podía esperar, no le habían visto y triscaban yerbas frescas en la amanecida. Iltir permanecía quieto, notando el cómodo calor del colchón de hierba bajo su cuerpo, mientras vigilaba las evoluciones caprichosas de los conejos en el prado ante sus ojos, el brazo preparado para golpear con la falcata si se ponían a su alcance. Sobre su cabeza oyó el silbido:

-¡¡Ssss...Zasss!! Uno de los conejos se retorció atravesado por una flecha.

-¡¡Ssss...Zasssss!!.

El otro, que se había alzado sobre sus patas traseras, había caído sobre el prado atravesado por otra flecha. Iltir se atrevió a desperezarse y se levantó saliendo del arbusto. Ya había vivido 21 inviernos. Su cuerpo era flexible y cada año más

fuerte que el anterior. Aspiró el aire fresco de la mañana que olía a humedad, a jara, a tomillo, a las hojas de la carrasca bajo la que había dormido. A su derecha, vio levantarse a Baria, compañera de marcha, que se tocó la frente con el arco un instante en honor a Noctiluca, la diosa de la noche, que guiaba su mano siempre certera con la flecha. Baria era una mujer morena, joven y hermosa. Se acercaba a los conejos para recuperar las flechas, mientras unos metros más allá, se dejaba ver Kanan, saliendo de otro matorral bajo el que había pasado la noche, cubierto con su piel de lobo, con el arco también en la mano. Kanan era el más viejo del grupo. Quizá estuviera ya en los 40 años, un poco viejo para correr. Pero era el guerrero con más experiencia. Prudente y astuto. Y fuerte como un oso. Kanan acertaba con el arco a grandes distancias, aunque hiciera viento y era temible con la espada. Oyeron un silbido, que provenía de unas densas carrascas, un poco separadas de donde estaban y todos se acercaron con precaución, hasta donde vigilaba escondido y también despierto, Aturo. Cuando llegaron a su lado, les señaló hacia delante. Desde su posición, al borde de la meseta, se dominaba el valle por donde había aparecido un grupo de jinetes. Contaron diez. Aturo tenía un año más que Iltir y era el hijo del régulo, o jefe del clan, de los turdetanos. Los dos eran expertos corredores y buenos con la espada, que llevaban al cinto. Unas afiladísimas y flexibles falcatas. Los cuatro eran solidorius. Habían jurado fidelidad al clan y a su jefe y lucharían y morirían por esa fidelidad. Ahora, alejados del clan, su fidelidad estaba con Kanan, el jefe. Como una manada de lobos, actuaban en grupo. Cada uno a su manera, pero siguiendo en la batalla las órdenes del jefe. Observaron a los jinetes, a los que seguían hombres a pie, que tiraban de bueyes uncidos a carromatos. Dijo Kanan:

-Mercaderes. Llevarán miel y telas de las que tejen los Tartesos.

Era una espléndida mañana de primavera y el grupo avanzaba despacio, sin prisa. Los de a caballo eran mercenarios armados, contratados para proteger a los mercaderes, lucían en el casco el vistoso penacho que usaban los tartesos. Esperaron observando, con precaución, cómo pasaban de largo. No se molestarían por ellos, ni aunque vieran el humo de la hoguera, pero era mejor asegurarse. Luego que se hubieron alejado una distancia prudente, se reunieron en el centro de la agradable hondonada para hacer fuego y despachar los conejos, con algo de torta tostada que llevaban en el zurrón. Estaban cerca de su destino y lo sabían. Se lo había dicho Kanan la tarde anterior. Llegarían ese mismo día a la granja a las afueras de Tiermes. Baria prendió fuego con habilidad, haciendo brotar chispas del pedernal con su puñal. Prendieron ramitas muy secas, para no hacer humo que los delatara innecesariamente al grupo de mercaderes. No querían que luego se acordaran de que les habían visto por allí. Chamuscaron un poco los conejos y los comieron, antes de seguir adelante, andando separados uno de otro, por la parte más escarpada de los montes. Donde no hubiera gente que pudiera verles al cruzarse en su camino. A mediodía divisaron Tiermes. Dieron un amplio rodeo, cuidándose de no dejar huellas, para acercarse luego desde el norte hasta una granja algo alejada de la ciudad, donde criaban caballos y cerdos, los Arévacos. Tiermes, era una ciudad populosa aún vista de lejos. Ninguno de ellos, salvo Kanan, había visto nunca una urbe tan grande y los jóvenes estaban deslumbrados por las murallas naturales formadas de farallones de roca, en la que se habían

excavado entradas para carros, rampas y canalizaciones por donde corría el agua. Una gran puerta tallada en la piedra, daba acceso a la ciudad a carros y bestias de carga. Ellos se cubrían con pieles y sayones de lana negra, pero en la ciudad se divisaba gente ataviada con telas de colores vivos y llamativos penachos. Algunos iban a caballo y se protegían con armaduras y yelmos de bronce. La granja que ellos vigilaban, era grande. Ocupaba un amplio espacio vallado, separado de la ciudad, con grandes barracones de madera. Estaba dedicada a la cría de cerdos y caballos, sin que faltaran las gallinas, ni las cabras. Cada uno de ellos se acurrucó como pudo cerca de un riachuelo, que distaba un kilómetro de la granja y al menos tres de la ciudad y escondidos, observando la incesante actividad de hombres y caballos, esperaron la llegada de la noche, ocultos en el resguardo de un bosquecillo de robles. Tenían torta para aplacar el hambre y un objetivo muy claro: capturar al menos tres yeguas y un semental. Baria recogía hierbas que metía en un pequeño zurrón en su cintura. Sabía hacer medicinas con ellas. Kanan la miraba recostado en la espera. Era bueno ir con ella a sitios donde se podía resultar herido. Sabía cuidar las heridas para que no se infectaran. Lo aprendía de su abuela, llamada Sosimila. La mujer más vieja y sabia del poblado, que era también sacerdotisa y curandera. Era buena jinete Baria y sabía hablar a los caballos. Como Iltir. La parte importante del robo era la suya, para que se tranquilizaran las bestias y no hicieran ruido ni se alteraran. Debían conducirlos, en silencio, un buen rato y para eso se necesitaban al menos dos que supieran hablar a los caballos. Al atardecer, Iltir buscaba los brotes que sabía les gustaban a los caballos, para recogerlos frescos y guardarlos en lienzos húmedos, antes de acercarse a ellos cuando llegara la noche y dárselos a comer como golosina. Eso les tranquilizaba y les daría confianza, para no asustarse después, al salir de las cuadras con extraños.

Cuando Noctiluca, la diosa de la noche, se adueñó de los campos y aparecieron las estrellas, aumentaron las voces de la gente que cenaba en torno a las hogueras y en los ruidosos barracones. Los fuegos resplandecieron luminosos, e igual que las charlas de las gentes muy animadas con la cena, poco a poco se fueron apagando, hasta quedar sólo una hoguera solitaria. Junto a un chamizo, donde dormitaba el guarda. Los cuatro, cuidándose de dejar numerosas huellas desde el riachuelo a la granja, es decir desde el norte, en lugar del sur que era desde donde habían venido, para que los de la granja creyeran que habían llegado de otra dirección a la que en realidad tomarían al huir, se reunieron y esperaron el momento en que las voces de la gente se fueron apagando y sumergiendo en el sueño. Quedando solo los relinchos de los caballos. Entonces Aturo e Iltir se movieron en la oscuridad.

Kanan esperaba y miraba ansioso hacia el chamizo. Cuando observó movimiento en la oscuridad, apretó la mano sobre la corta jabalina esforzando la vista para descifrar quien se acercaba desde lo oscuro.

-Es Iltir. -Le susurró al oído Baria-. Y Aturo. Ya regresan.

En un instante los dos estaban a su lado

-Ya está . -Dijo Iltir-.

-¿Yyy?. -Preguntó Kanan. Iltir afirmó con la cabeza-

-No gritará.

Quería decir que el vigía había quedado convenientemente atado con correas de piel de cabra y amordazado en su chamizo para que no pudiera dar la alarma. Era conveniente que estuviera vivo, si algo salía mal y alguien era capturado. Aturo se agazapó frente a ellos y Kanan comenzó el avance hacia uno de los establos donde habían visto que guardaban un hermoso semental y una decena de yeguas. Se paró a unos 50 metros y les adelantó Aturo, cuando dos perros empezaron a ladrar. Aturo les hizo señas para que esperaran y se adelantó, sacando del zurrón trozos de carne algo salada y fermentada al gusto de los canes. Les lanzó a los perros unos trozos, que comieron con apetito cesando los ladridos. La carne estaba aderezada con semillas de beleño que dejaría a los perros semi dormidos al cabo de media hora. Inservibles para cualquier persecución. Los canes comieron los primeros trozos con avidez y miraron a Aturo reclamando más. Les había gustado. Aturo les echó más trozos. Los canes, dos perros pastores, se habían acercado a él y se dejaban acariciar. Mientras, Kanan se había acurrucado en la esquina del establo más cercana a la granja. Agachado, vigilaba con el arco a la espalda y la jabalina en la mano, dispuesto a interceptar cualquier posible sorpresa. Mientras, Iltir y Baria abrían despacio el portalón del establo. Baria se introdujo en la boca granos de cereal, que empezó a masticar con la boca abierta, produciendo con sus muelas un sonido peculiar, que rápidamente llamó la atención de los caballos. Cuando el sonido de los granos al ser triturados cesaba, Iltir producía un suave silbido apenas perceptible para el oído humano, pero muy grato al oído de los caballos. En la granja todo el mundo dormía. En los establos, las cabezas de los caballos se giraron hacia Iltir y Baria según avanzaban entre ellos. Una, con su bronco ruminar y el otro, con su leve silbido, comenzaron a poner cabezales a los caballos, mientras les daban las hierbas que habían recogido para ellos. Cuando cesaron sus sonidos, cada uno llevaba detrás cuatro caballos que salían tras ellos de las cuadras. Kanan cogió dos y Aturo otros dos, Iltir reanudó su suave y apenas audible silbido, mientras atravesaban el prado hacia el riachuelo. Continuaron por el cauce del río media hora de camino, hasta llegar a una zona de peñas anchas y lisas, donde abandonaron el agua para iniciar el ascenso por una ladera de lascas de rocas, donde las huellas no les delatarían, hasta llegar a la cumbre. Cuando acabaron la ascensión, dieron a cada caballo medio saquito de grano, que los animales comieron golosos. Después, montando cada uno un caballo y llevando tras de sí a otro, iniciaron un trote rápido por la alta meseta, guiados por la luz de la luna y las estrellas. Kanan les miraba orgulloso. Cabalgaba el último cerrando la marcha del grupo. Aturo les guiaba por aquellos parajes a lomos de una yegua torda. Era el hijo del jefe del clan y conocía aquella zona como la palma de su mano por haber participado en otras incursiones, aunque en ese camino de vuelta, era la primera vez que guiaba él a un grupo.

-Demasiado jóvenes todos. Y tú ya un poco viejo. -Le había dicho Nórax, el régulo (jefe) del clan de los turdetanos, cuando le dijo los nombres de sus “lobos” en aquella incursión-. Deberías llevar al menos otro experimentado.

Finalmente, Nórax había cedido ante su insistencia. Kanan valoraba sobre todo las habilidades. Aturo e Iltir eran grandes honderos. Jóvenes y rápidos. Capacitados los dos para mandar hombres. Lo había visto claramente Kanan a lo largo del duro entrenamiento al que habían sometido a los hombres elegidos para formar parte como escolta de la caravana, que los turdetanos iban a formar con destino al norte. Cien guerreros a pie y veinte jinetes. Entrenados la mitad de los peltastas, -como les llamaban los griegos- para subir a la grupa de los caballos y combatir desde allí si convenía, o trasladarse rápidamente de un lado a otro de la batalla. Se les había adiestrado exhaustivamente durante tres años, para combatir en grupo, a los mejores. No de forma individual, como solían hacer los guerreros, sino en formaciones cerradas, que les protegieran de las flechas, o de las cargas de un enemigo superior en número. El armamento y las protecciones superaban todo lo que ellos y sus vecinos solían usar. Habían copiado y mejorado en lo posible, el armamento y las tácticas de los hombres del mar, aqueos y fenicios, que algunos de ellos conocían bien por haber luchado como mercenarios largos años. Habían entrenado exhaustivamente a sus honderos, tras comprobar que sus proyectiles eran más efectivos que las flechas en batalla: llegaban más lejos y con más tino. Cada hombre iba armado con una falcata de hierro duro, que se había confeccionado durante su tiempo de instrucción. O con una espada corta y recta, según la preferencia del guerrero. Llevaban escudos grandes para protegerse de las flechas y actuar en formaciones cerradas y otros pequeños y redondos, provistos de un resalte central, el umbo, de bronce, apto para golpear al enemigo en el combate cuerpo a cuerpo. Todos tenían grebas para proteger las piernas, brazaletes de bronce y lino tórax hecho con muchas capas de lino cuidadosamente endurecido con baños de vinagre. Otros preferían corazas de cuero endurecido. O una placa circular de bronce en el pecho sobre el linotórax. Las lanzas eran de dos tipos, las más pesadas y mortíferas sólo de metal con punta de bronce o de hierro, los soliferos, eran capaces de atravesar escudos y protecciones al ser lanzada en distancias cortas. Otras más manejables, con astil de madera de tejo, o de fresno y punta de hierro, o de bronce. Los turdetanos habían preparado minuciosamente su caravana pacífica entrenando a todos sus hombres como nunca para la guerra.

Kanan recordaba minuciosamente los entrenamientos a los que se habían sometido aquellos hombres y le complacía ahora observar cómo se movían con sus métodos tradicionales de emboscada, como lobos, algunos de los mejores de ellos: sus jóvenes lobos. En aquella expedición, le tranquilizaba haber traído a dos que supieran hablar a los caballos. Todo era más seguro así, con poca gente, sin enfrentamientos. Menos ruido: menos enemigos persiguiéndoles. Eran malos enemigos los del pueblo Arévaco a los que habían robado los caballos y no los quería detrás de él si podía evitarlo. Aún faltaba para el amanecer, el tiempo suficiente como para poner una buena distancia entre ellos y los posibles perseguidores. A esa hora, otros grupos de solidorius estarían también cabalgando hacia los poblados con un botín de caballos. Si todo salía bien, tendrían buenas yeguas y sementales para regalar al régulo de los vacceos cuando llegaron a sus tierras. Antes de amanecer, se refugiaron en una de las muchas cuevas de la montaña del hierro, donde antes habían dejado agua y grano para el viaje con los caballos y se echaron a descansar. Mientras, Iltir vigilaba desde uno de los abrigos más altos de la montaña, para ver si aparecía en el horizonte algún grupo que les

siguiera, lo que no era fácil dadas las precauciones que habían tomado. Cuando Baria subió a relevarle, le miró de arriba abajo con descaro observándole con detenimiento. Algo que solía hacer cuando estaban solos, lejos de todos, y nadie les miraba.

-¿Tienes hambre? Le dijo mientras le tendía un buen trozo de queso. Toma, come algo antes de bajar. Iltir lo cogió y comenzó a masticar, sin saber qué hacer ante aquella hembra que le provocaba tal cúmulo de sensaciones contradictorias, que le paralizaba. Se sentía muy incómodo cuando ella le miraba así. Masticaba mirando a otro lado, pero sin querer, se encontraba mirándola el vientre, o las piernas, pues no se atrevía a mirarla a la cara. Todo su valor desaparecía frente a ella, que parecía divertida y le observaba fijamente.

-¿Quieres dormir aquí?.

Estaba azorado y tragó con cuidado de no atragantarse al responder.

-No, iré abajo con los demás. Se extrañarán sino.

-¿Y qué?

Le respondió descarada Baria. Sonrió divertida y le dio una pequeña calabaza para beber. Bebió Iltir y le dio las gracias. Le gustaba ir con Baria en los grupos de caza o de rapiña, pero quedarse a solas con ella despertaba en él una timidez que nunca había conocido y que aumentaba, cuando ella le observaba y sonreía de aquella forma. Se secó la boca con el dorso de la mano y sin volver a mirarla descendió hacia donde estaban los demás.

El campamento fortificado donde todos los principales turdetanos estaban citados, bullía de actividad. Como su marcha había durado cuatro días, no eran los primeros en llegar, pero causaron cierta expectación por la estampa de sus bestias: unos animales magníficos a los que los guerreros vitoreaban y miraban con envidia. Sabían valorar una buena montura. Ataecina, diosa del agua, del hogar y del inframundo, les protegía en aquel paraje rodeado de lagunas y afloramientos de agua. Un lugar sagrado para los turdetanos. Necesitarían la protección de la diosa en el camino que muchos, tras largas consultas y deliberaciones iban a emprender.

Poco después de amanecer, reunidos en asamblea, los guerreros y la gente del clan esperaban a la sacerdotisa, que ya descendía desde el poblado sentada en lo alto de un carro. Se llamaba Sosimila, apodada La Vieja, pues había nacido antes que casi todos ellos. Llevaba una larga túnica blanca y flores trenzadas en el pelo. Su carro iba tirado por 6 bueyes, engalanados los cuellos y los cuernos de flores. Junto al carro, caminaba un cortejo de sacerdotisas y los principales del poblado. Nórax, el régulo, esperaba sentado en la asamblea. A su lado había un asiento vacío para Sosimila, la suma sacerdotisa, que junto a Nórax, presidiría el parlamento previo a

la marcha. Detrás del carro, a caballo, portando una estatuilla dorada, venía el chamán. No era usual que llevara una imagen de Ataecina, diosa de la fecundidad y del inframundo, aunque también de la guerra y protectora del clan, a una asamblea de guerreros que juraban a cada momento por Neton, el Dios puro, el que blande los rayos, el guerrero. Pero así era. Cuando el séquito entró en la asamblea y se detuvieron los bueyes, Sosimila descendió majestuosa del carro. Nórax, el régulo, levantó el brazo y se hizo el silencio en la asamblea, mientras Sosimila, la suma sacerdotisa, se acercaba despacio y tomaba asiento. Cuando lo hubo hecho, se sentaron todos. El chamán, llamado Bodonílur, cubierto con la piel de un lobo, giró sobre sí mismo exhibiendo la estatuilla de la diosa Ataecina ante todos, para que no hubiera duda de quien presidía la asamblea. La estatuilla estaba hecha de cobre dorado de montaña, también llamado oricalco, que según la tradición, provenía de los antiguos atlantes y era una de las joyas sagradas del clan. Un clan que crecía a buen ritmo, pues en los últimos años las cosechas y la caza eran buenas. Había paz con los vecinos y el ganado prosperaba en los prados. El territorio de los turdetanos comprendía ya siete grandes poblados y otros asentamientos menores, que abarcaban un territorio que un hombre tardaba seis días en atravesar. Ataecina, era una diosa ancestral. Su estatua, de apenas dos palmos de altura, brillaba a los rayos del sol de la tarde. Bodonílur la depositó con cuidado sobre el tronco de un roble que se había colocado como pedestal y se sentó discretamente en el suelo, a un lado de Sosimila.

Se había reunido gente de todos los poblados para la expedición que se avecinaba. Se les había convocado con una tablilla escrita, que había viajado de poblado en poblado meses atrás. La convocatoria había suscitado muchas idas y venidas de nobles y gente principal. Muchas discusiones. Ahora la gente delegada de cada gran poblado estaba allí para votar y participar. Aunque lo principal ya estaba decidido pues se habían hecho los preparativos de la marcha. Entonces, Sosimila, la Vieja suma sacerdotisa, se levantó ayudada por Nórax, el régulo del clan, pues era efectivamente muy vieja y arrugada y había perdido hacía tiempo la agilidad de sus rodillas. Cuando se puso de pie, lanzó un alarido largo e hiriente, inconcebible para su edad. Le respondieron las sacerdotisas en un coro de alaridos, que fue seguido por las mujeres guerrero, formando una algarabía enorme, que se extendió por la llanura estirando las orejas de los perros y paralizando el pasto de las bestias. El griterío cesó de repente y Sosimila se sentó. La asamblea esperaba expectante las palabras de Nórax, que sentado, comenzó a hablar:

-Estamos reunidos aquí para hacer realidad un sueño. Bodonílur, nuestro hechicero, ha visto una caravana de gente del pueblo turdetano que llevaba a la diosa hasta el norte, donde muy pocos han ido, pero dicen que se extiende el frío mar océano. Mucho más frío que las aguas del mar del sur. Hemos decidido no enviar un grupo de guerra, que probablemente sería exterminado lejos de aquí por las gentes del norte, sino un grupo de paz, portador de cosas para el intercambio y de regalos, que puedan hacer bienvenidos a los turdetanos ante los ojos de vacceos y otros que no conocemos, pero de los que hemos oído hablar. En el sueño de Bodonílur, la diosa quiere ser llevada hasta la orilla del otro mar, en el norte. Para que su estatua descansa allí, frente al gran océano en el que predomina la

tormenta. -Se hizo un silencio expectante durante el cual Nórax recorrió a los asistentes con su mirada- El grupo lo formarán algunos hombres de guerra, 20 jinetes y 100 hombres a pie. Con ellos irá Bodonílur, nuestro hechicero, el que habla con los espíritus. Irá Savo, el que arregla las heridas y los huesos. Tres carpinteros, mujeres que sepan manejar los telares, un forjador de metales y dos alfareros. Llevarán 10 carromatos, con sus conductores, tirados por bueyes para transportar enseres, presentes de metal, pieles, vasijas y telas. Cosas todas para intercambiar, o hacer presentes. Llevarán un rebaño de ovejas y cabras que les dará carne, leche y queso, pues los pastores quieren ser parte de esta caravana, aunque ellos no llegarán al mar. La caravana atravesará el territorio de los vetones, si Netón lo permite, llegará a la tierra de los vacceos, donde tras pedirselo y negociar con ellos futuros comercios de grano, solicitarán su ayuda para internarse en las tierras desconocidas que hay que atravesar para llegar al mar, que sabemos hay en el norte. Kanan los comandará. ¿Alguien quiere postularse en su lugar?.- miró alrededor, se había hecho el silencio, y volvió a preguntar- ¿Hay alguno que se considere mejor, con más méritos que Kanan?.

Solo el silencio le respondió, hasta que surgió un grito de la asamblea:

-¡Kanan, Kanan!

El grito surgió de la multitud y fue coreado por todos. Nórax, el régulo de los turdetanos, les observó complacido. Continuó:

-¡Pues bebed y celebrad!. ¡Encended las hogueras!. ¡Mañana se iniciará el camino!.

Le respondió un griterío ensordecedor. Y el sonido de las flautas y los tambores se extendió por el prado iniciando la fiesta de despedida que se prolongaría con las hogueras hasta bien entrada la noche.

Bajo una de las carpas en que se habían puesto mesas con comida, bebía Kanan el zumo de las manzanas fermentadas. Le acompañaban Aturo, Iltir, Baria y las dos espadas de Kanan, Siseia, una mujer de unos 40 años, fuerte y rubia, que bebía de un cuerno sidra de manzana, la encargada de dirigir la caravana y el comandante de los jóvenes guerreros, Tuitóbol, de veintinueve años, que prefería la cebada fermentada.

-Recordad esto que ha dicho tu padre, -dijo Kanan mirando a Aturo-, caminemos despacio, sin hacer enemigos. Lo que importa es la caravana, el rebaño que dirige Siseia y lo que negociemos en este viaje. No habrá gloria en la batalla esta vez. Llevamos metales, adornos y cosas de utilidad en los carros. Además de un buen rebaño de ovejas, cabras y bueyes. No entraremos a los pueblos con la sorpresa y la fuerza. Prohibido arrebatarles los rebaños y las cosechas. No iremos donde no seamos bienvenidos. Tomaremos lo que buenamente nos den, o nos vendan, o nos cambien. Nosotros queremos hacer intercambios. Lo que nos sobre por lo que nos

falte. Si las gentes del camino no quieren dejarnos pasar, daremos un rodeo. Si nos impiden el paso, negociaremos. La espada y la flecha serán solo para la defensa. Llevaremos a la diosa al norte, sí. Pero hemos de regresar habiendo ganado la confianza de la gente del camino. Y con ganado al volver. Así abriremos quizá, una ruta, que luego otros puedan recorrer. Los abuelos atlantes nos dejaron sus leyes que llevamos en esta tablilla. -abrió un estuche de cuero que llevaba bajo la túnica de lana y les mostró la tablilla, que pasaron de uno a otro contemplándola respetuosamente pues no era habitual verla, guardada como siempre había estado en casa del régulo de los turdetanos- Vosotros entendéis lo que dicen los signos porque lo habéis aprendido de niños al ser hijos de gente principal. Nos aseguraremos de que, antes de volver, si los dioses nos lo permiten habrá gente en el norte que sabrá leer nuestras tablillas. Es el encargo de tu padre Nórax, -dijo mirando a Aturo- y de Sosimila la Vieja, a nosotros sus oficiales, que aprendimos el significado de los signos siendo niños.

Miró Kanan a todos y le preguntó Siseia:

-¿Qué han dicho los Vacceos y los otros pueblos, que apenas conocemos, de nuestra caravana?.

Le respondió Kanan:

-Hemos hablado con algunos: vetones y carpetanos nos conocen, son vecinos y nos recibirán con amabilidad, pues están al tanto de nuestro propósito y han recibido regalos. Solo han puesto una condición: Si en el tiempo que cruzamos su territorio necesitan nuestra ayuda, deberemos acudir de inmediato. Los vacceos dirán su última palabra cuando hablen con nosotros y, tras habernos visto, se pronuncie su consejo de principales. En cuanto a más al norte, no han llegado nuestras preguntas. Cuando estemos, cerca lo sabremos, quizá.

Le respondió Kanan. Miró a todos. Como nadie tenía más preguntas que hacer en ese momento, alzó su vaso. Vasos de arcilla y cuernos chocaron en señal de acuerdo entre ellos y se dispusieron a comer y beber, para dormir después con la emoción de partir al alba.

Kanan se dispuso a descansar sobre el lecho de heno, que ya no compartía con nadie. Su esposa se había reunido con Noctiluca, la diosa de la noche, las profundidades y las tinieblas, hacía ya un invierno. Y él no había tomado mujer alguna desde entonces. Habían tenido cuatro hijos, pero dos murieron antes de llegar a los cinco años. Su hija mayor, se había casado hacía ya casi dos años. Aún no le había hecho abuelo y vivía a más de diez jornadas de marcha con un hombre principal, al sur. No tenía quejas y estaba bien cuidada. Su hijo ya tendría más de veinte años, si hace dos no le hubiera arrebatado la vida un oso en una cacería. Así pues, estaba solo. La casa de dos estancias le quedaba grande y muchas noches, como esta, dormía bajo las estrellas, donde aún le asaltaban los recuerdos de los días vividos con su esposa. Jóvenes y felices los dos todavía, en sus recuerdos. Iniciaba aquel viaje para alejarse de esos recuerdos. Aunque ya empezaba a ser viejo, creía. Decían que tenía casi cuarenta inviernos, quizá más. No se encontraba débil del cuerpo, pero sentía el alma triste. El ajetreo de la caravana y de las cosas

nuevas, le distraería de su pena y de sus recuerdos. Quizá en el camino encontraría al oso que mató a su hijo y se lo enviaría como regalo al bosque de los muertos. No se sentía importante por dirigir la caravana. Aunque no le hubieran nombrado el principal de la expedición, se hubiera apuntado de todas formas, para conocer gentes y tierras, dejando a un lado los recuerdos. Kanan se sentía pequeño bajo el cielo, pero sabía que los dioses de los bosques le sonreían y cuando llegara su hora, estaría a gusto entre ellos.

Antes del alba, mientras los sirvientes daban de comer a las bestias y les enganchaban a los carros, Bodonílur, el hechicero, arropado con un manto de lana blanca, canturreaba frente a una hoguera una salmodia monótona. A su lado dos sacerdotes, tocados con pieles de lobo, sujetaban un carnero junto a un altar de piedra, mirando el punto por donde habría de salir el sol. Cuando los primeros rayos despuntaron tras el horizonte de un día que se anunciaba despejado, el agudo grito de una rapaz atravesó el cielo de izquierda a derecha. Anunciaba buenos presagios. Cuando se degolló y descuartizó al carnero, sus vísceras aparecieron limpias y su sangre corrió por el canal tallado en la piedra hasta caer al suelo, sin derramarse, para complacer y alimentar a los dioses de la tierra. Bodonílur sonrió por los buenos augurios y alzó los brazos al cielo, mostrando al sol el cuchillo del sacrificio. Entonces, una gota de sangre resbaló del cuchillo manchando su túnica. La mancha no pasó desapercibida para el sacerdote que sujetaba el cuenco. La miró horrorizado, sin atreverse a decir nada, pues Bodonílur también la contemplaba en silencio.